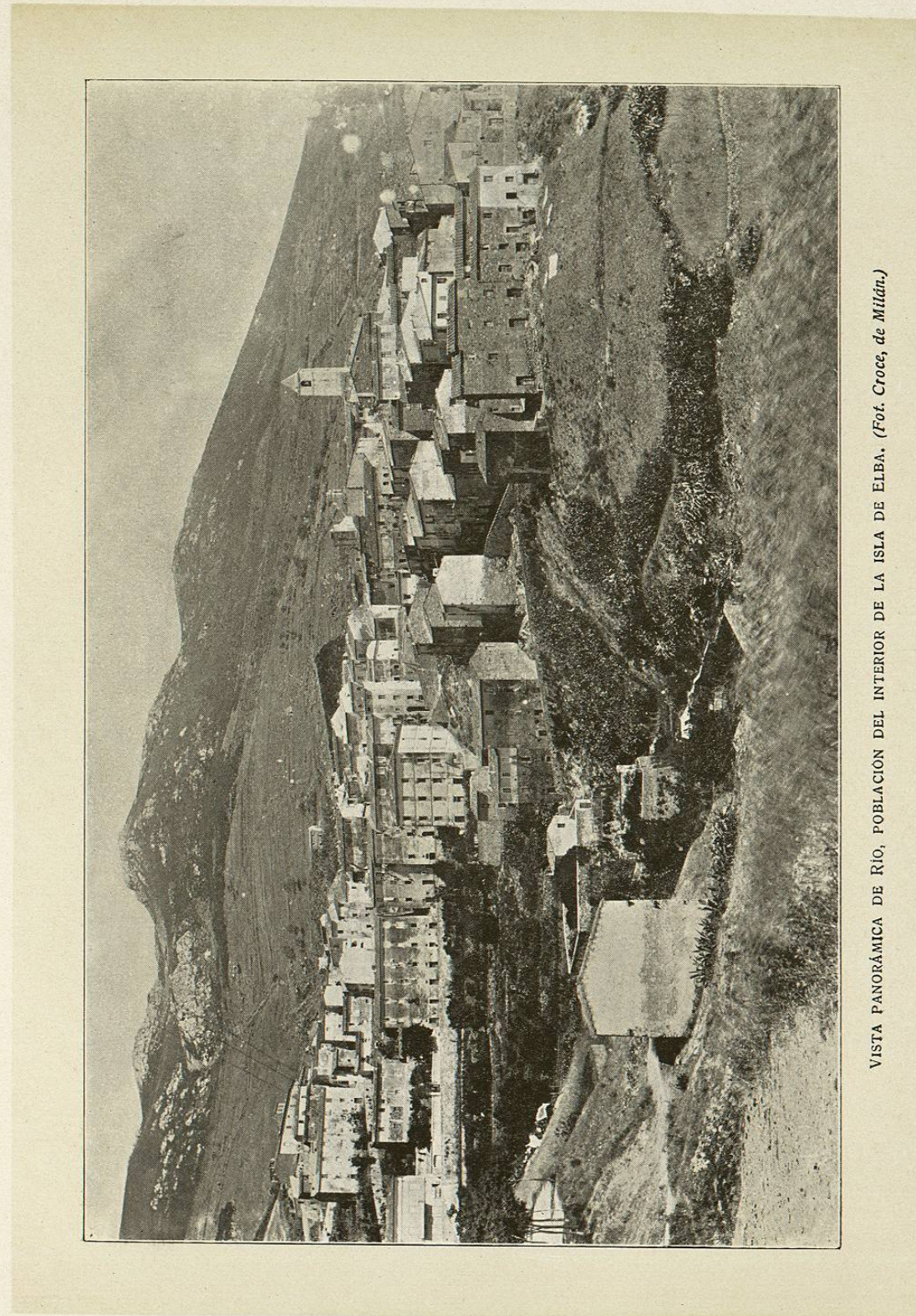


pesar de su deseo», pero que no obstante confiaba en los humanitarios sentimientos de su padre. Tres días antes, Cambaceres, Jerónimo y José habían ido á Blois con objeto de persuadir á la enloquecida Emperatriz de que era preciso escapar sin tardanza. María Luisa se negó á ello, alegando no tener órdenes directas del Emperador, y tal miedo le dieron las apremiantes instancias de los tres hombres, que reclamó el auxilio de los oficiales de su guardia. Dos horas más tarde llegó un comisario ruso con orden de apoderarse de ella y de su hijo. Desde aquel momento quedaba prisionera.

El Emperador quiso porfiar todavía, y al efecto pidió que se le uniera su esposa en Gien ó Briare, para seguir el viaje juntos: ella hacia Parma y él hacia la isla de Elba. Pero el emperador de Austria respondió que Parma y Plasencia estaban turbadas por los desórdenes de la guerra, y que María Luisa no podía ir allá sin que antes se restableciera la normalidad. El médico Corvisart declaró formalmente que el clima de la isla de Elba perjudicaría á la Emperatriz en su actual estado de salud, y que le era necesario tomar las aguas de Aix. La declaración de Corvisart parecía parcial, por cuanto ignoraba las condiciones climatológicas de la isla de Elba. El Emperador replicó diciendo que «lo mejor para la salud de su mujer era estar con él». Pero Corvisart, que no gusta de expatriarse á Elba ni quiere abandonar á María Luisa, se obstina en su dictamen.

El Emperador disputa palmo á palmo el terreno, y dice que «en Italia hay aguas tan salutíferas como las de Aix». A lo que repone Corvisart su primera afirmación de que «sólo las aguas de Aix convienen á la Emperatriz».

Napoleón hubo de comprender que, al menos por de pronto, nada era posible intentar contra aquella liga de malevolencia, y se resigna al viaje de María Luisa á Aix, por temor de que se la lleven á Viena, según pensaban y según había en verdad resuelto el emperador de Austria. Ni el mismo Napoleón sabía qué recursos le ofrecería la isla de Elba para aposentar á su mujer, ni si le será preciso batirse al desembarcar; y como el tiempo apremia, determina marchar solo, con la esperanza cierta ó fingida de que, luego de apaciguada la crisis política y desvanecidos los rencores del momento, le devolverán á María Luisa.



VISTA PANORÁMICA DE RÍO, POBLACIÓN DEL INTERIOR DE LA ISLA DE ELBA. (Fot. Croc, de Milán.)

La víspera de salir de Fontainebleau, á las ocho de la noche, escribió el Emperador á su mujer una carta con afectuosos recuerdos para Corvisart, á quien convenía tener propicio. Al día siguiente, antes de dejar el patio del Caballo Blanco, le volvió á escribir para despedirse, con «besos al Reyecito (1).»

A las diez de la mañana, ya enganchados los coches y los equipajes en carga, declara Napoleón ante los comisarios extranjeros que no marcha. Puesto que le separan de María Luisa sin haberlo estipulado en el



La «silla de Napoleón» en el monte Giove.

Tratado, revoca su asentimiento al mismo y retira la abdicación. Pero estas palabras estaban inspiradas por el supremo desaliento en fingida protesta, pues forzoso era partir.

El 28 de Abril, á las tres de la tarde, escribió en Fréjus á la Emperatriz, y al día siguiente tuvo noticias suyas por mediación de Meneval, en el momento en que la *Undaunted* levaba anclas (2). Vuelve á escribirle desde Porto-Ferraajo el 9 de Mayo, dándole algunos informes favorables de la isla de Elba, y confía la carta al mariscal Koller, que se marcha de la isla. Tres días después le manda por Bertrand un

(1) *Correspondencia imperial*, 21.560, 21.562. — María Luisa sólo recibió la primera carta. El prefecto de palacio, Beausset, encargado de la segunda, no pudo, ó no quiso, enviarla á su destino. (Nota de la *Correspondencia imperial*.)

(2) MENEVAL, II, p. 242 y sig.; HELFERT, p. 69. — En la edición de Meneval de 1844 está equivocada la fecha de la carta en que Bertrand avisa á Meneval que el Emperador acaba de escribir á María Luisa. En vez de: «Fréjus, 26 Abril,» debe leerse 28 Abril.

aviso diciéndole que, á su regreso de los baños de Aix, encontrará en Parma cincuenta lanceros polacos y un centenar de caballos de tiro, que él le envía (1).

El 25 de Mayo llega una carta de Francia. ¿Es acaso respuesta á sus tres últimas? No. La misiva data de un mes atrás; está fechada en Provins, el 26 de Abril, y le corrobora al Emperador lo que ya sabía por los diarios, es decir, que en vez de ir á Aix se va su mujer resueltamente á Viena, para reponerse con su hijo de las pasadas emociones en el seno de la familia. Así se cumplía lo que tanto temiera. Después no supo nada más.

El 25 de Junio continuaba el silencio. Bertrand escribe á Meneval pidiéndole explicaciones por encargo del Emperador. Acaso sea culpable del silencio el mal estado de los caminos y la irregularidad de los correos. En efecto, á primeros de Julio, al cabo de dos meses de interrupción absoluta, llegan cinco cartas, una tras otra: dos de Meneval y tres de la Emperatriz, que, según parece, ha escrito otras cuatro, interceptadas ó perdidas.

Malas son las noticias tan ansiosamente esperadas. Después de cinco semanas de estancia en Viena, va á salir de allí María Luisa; mas no para marchar á Parma y acercarse á la isla de Elba, sino para tomar las aguas de Aix, recetadas por Corvisart, sin llevarse á su hijo.

¡Sin su hijo! El Emperador se sobresalta, y aquel mismo día contesta á su mujer, manifestándole «su deseo de que de ninguna manera vaya á Aix, y que si ya está allí, que regrese cuanto antes.» Le recuerda las aguas de Toscana, «cuyas propiedades son las mismas que las de Aix, y como están más cerca de Parma, y por lo tanto de la isla de Elba, podrá la Emperatriz llevarse consigo á su hijo.» Continúa diciendo nerviosamente la carta: «Cuando el señor Corvisart aconsejó las aguas de Aix no conocía las de Toscana, cuyas propiedades son idénticas. El viaje á Aix disgusta mucho más al Emperador, por cuanto no debe haber allí tropas austriacas, y puede quedar expuesta la Emperatriz á los insultos de cualquier aventurero. En Toscana no hay ninguno de estos inconvenientes.»

No eran con seguridad los «insultos» lo que el Emperador temía

(1) *Correspondencia imperial*, 21.569.—Se trata de 54 lanceros polacos que en Savona se destacaron de la columna de la Guardia.

en Aix por María Luisa, sino que aquella mujer, antes tan celosamente guardada en una especie de harén oriental, se presentase sola y enteramente libre, sin la sombra siquiera de su hijo, en la alegre y poco escrupulosa sociedad de los balnearios á la moda, que la distraería del marido que la esperaba. El desesperado esfuerzo de aquella carta por disuadirla de su viaje, daba á entender que el Emperador preveía á Neipperg, no obstante la distancia.

Salió la carta con las convenientes precauciones para que llegase á su destino. No hubo contestación. Otra vez silencio (1).

* * *

Si el corazón del Emperador estaba quejoso por la ausencia de María Luisa, más lastimado aún se sentía en su amor propio, pues disponer de tal modo de su esposa era como darle á entender que ya no se contaba para nada con quien había impuesto su voluntad á Europa y aun reinaba en Elba, siquier fuese tan minúsculo su reino. ¿Y aquellos preparativos de recibimiento, y aquella promesa que de su llegada hiciera á los sencillos elbenses, dispuestos de cuatro meses atrás á encender sus lamparillas?... Varias diputaciones solicitaban audiencia para enterarse con verdadero interés de las causas que retardaban la llegada de su querida soberana, y al mismo tiempo asegurar que la recibirían con caluroso entusiasmo, pues común era el deseo de ver reunidas á Sus Majestades. Napoleón acababa por desempeñar el papel de mentecato.

La pesadumbre que fatigaba su vida, la continua incertidumbre que envenenaba sus horas de reposo, se manifestaban en exclamaciones relativas á su mujer ó á su hijo, ante testigos, ó en una de aquellas escenas teatrales á que tan aficionado era, y por cuyo medio gustaba de exteriorizar sus sentimientos.

En la tapa de una de sus tabaqueras tenía el retrato en miniatura de su hijo. A menudo sacaba en público la tabaquera, miraba el retra-

(1) La carta salió en doble texto: uno, de la propia letra del Emperador, para la Emperatriz misma; otro de Bertrand para Meneval. Napoleón empleó este sistema de correspondencia en todas las cartas que escribió á su esposa desde la isla de Elba.